

Breve relato acerca de la vida y obra del Cor. M.C. Ret. Jorge Meneses Hoyos[†] (1906-1972)

Tte. Cor. M.C. Ret. Raúl **Fernández Doblado***

Estaba muy reciente y muchos médicos tenían sus dudas: el doctor Christian Barnard, médico sudafricano, acababa de trasplantar un corazón en un hombre (1967) y los medios de comunicación tenían que buscar al cardiólogo más afamado de ese tiempo para que emitiera su punto de vista.

Para esas fechas, la trayectoria profesional del Dr. Jorge Meneses Hoyos traspasaba las fronteras y ya era reconocido a escala internacional; en su haber ya existían ocho obras literarias y más de tres mil artículos publicados sobre distintas enfermedades, pero las más, acerca de la cardiología.

“Por ahora ningún paciente sobrevivirá mucho tiempo con el corazón de otro ser humano, hasta que no se encuentre una solución definitiva al problema del rechazo inmunológico.

“Es censurable experimentar con un ser humano sin haber encontrado la solución satisfactoria en estudios experimentales en animales; especialmente tratándose de una víscera única, indispensable para la vida”. Fue lo que contestó el doctor Meneses al reportero del periódico *Excelsior* en una amplia entrevista realizada el 24 de febrero de 1968, a pocos meses de la cirugía realizada por el doctor Barnard.

Fue una lástima que el doctor Meneses no pudiera certificar las maravillas que años más tarde se alcanzarían en el área de los trasplantes con el advenimiento de inmunosupresores mejorados en el transcurso del tiempo. El eminente maestro muere prematuramente a los 66 años de edad, la noche del 5 de noviembre de 1972, víctima de un infarto al miocardio, que él ya había anticipado luego de haber sufrido dos episodios de angina de pecho.

“Un talento capaz de responder ante cualquier disciplina”, así lo definió el doctor Oswaldo Arias Capetillo, médico dermatólogo, amigo, condiscípulo y admirador del doctor Meneses. Hábil para muchas disciplinas, el maestro Meneses era capaz de jugar el ajedrez “a la ciega”, llevaba las jugadas en la mente. En dos ocasiones le ganó al campeón del mundo José Raúl Capablanca; otra más, empató con Alexandre Alekhine y un año antes de su muerte jugaba con diez contendientes simultáneamente, en el Museo de Antropología. Su habilidad e inteligencia le permitieron aprender idiomas, leía y traducía inglés, francés, italiano, portugués, alemán y tenía nociones de

hebreo; además, conocía las raíces griegas y latinas perfectamente y todo lo aprendió en forma didáctica, con los libros que su padre tenía en su vastísima biblioteca.

Su férrea disciplina, adquirida desde muy joven, le permitió adquirir conocimientos de química, matemáticas, astronomía, literatura, geografía y otras ciencias, que las estudiaba por el infinito amor que tenía por la ciencia y la cultura. Leía el Corán, los Vedas, los pensamientos de Confucio, la Biblia, a Nietzsche y a Schopenhauer.

El budismo y el brahmanismo no le eran desconocidos; sin embargo, en más de una ocasión confesó sentirse “frustrado” por no abarcar todo lo que hubiera querido. Estas cualidades ya se observaban en el doctor Meneses cuando era apenas un bachiller de 17 años. El colegio de San Ildefonso fue testigo.

Dos grandes amores llenaron su vida: su madre y la medicina, carrera que de alguna manera eligió para complacer a doña Rafaela, a quien amaba con gran admiración y respeto singular. “Ella sabía que su hijo tenía dones fuera de lo común y estaba cierta de que la medicina llevaría a su vástago por el camino de la investigación y la ciencia, pero también lo conduciría a ayudar a sus semejantes”, así se lo había enseñado ella, dueña de un gran altruismo y de amor a Dios.

La semilla sembrada floreció, el sueño más preciado del joven Jorge era llegar a ser un gran médico y para ello vivió; para ello y para ser digno de su madre, “distinguirme intelectualmente es para mí lo más importante. Mi madre y yo hemos hablado de esto, y creo que ningún éxito que alcance será digno de ella, quien siempre ha estado a mi lado desde niño, alentándome. No sé por qué, pero desde niño me ha tratado como si yo fuera algo especial, o al menos creo que ella me ha dado toda la seguridad que a veces... frente a mi padre, me falta. Tú sabes que nada es suficiente para él, aunque yo me esfuerce...”, contaba a su amigo Carlos.

Pero el destino tenía deparado un gran dolor para el futuro médico. Ya cursaba el primer año de la carrera cuando el séptimo embarazo de su madre se complicó, un cuadro de placenta previa terminó con la vida de doña Rafaela. Jorge, quien la adoraba como si fuese un ser divino, emitió un grito aterrador y salió corriendo del hospital, y aquel muchacho delgado y debilucho, que la tifo había menguado considera-

* Profesor emérito de la Escuela Médico Militar.

blemente, aseveraba que “prefería la muerte a vivir sin su madre”. No hubo noche más dramática y triste en la vida de Meneses Hoyos que aquella, después vino la desintegración de su familia, el golpe para su padre también fue demasiado. Los sueños de Jorge se deshacían, no había forma de continuar con la carrera, sólo una cosa lo mantenía de pie: “no puedo traicionar las esperanzas que mi madre puso en mí”.

Fue época de grandes carencias, tanto económicas como afectivas para Jorge, sólo el amor de quien más tarde se convirtió en su esposa pudo rescatarlo, “la güera” le dio fuerzas para reiniciar su carrera en la Escuela Médico Militar, prestigiosa institución que, además de no cobrar un solo “cinco”, apoyaba a los estudiantes con dinero para sobrevivir. Las recomendaciones de sus maestros, sus calificaciones y los premios que ya había recibido por su excelencia como alumno, le permitieron su ingreso. El amor a la “güera” se unió al de Petra, su nana que siempre lo amó y lo apoyó incondicionalmente. Sólo sus bendiciones lo acompañaron en la larga travesía que realizó un día antes de su ingreso a la Escuela Médico Militar. Para no llegar tarde y carente de medios para tomar un transporte, caminó todo el día y llegó ya entrada la noche anterior; su habitación: un parque situado en las inmediaciones; su cama: una banca del parque.

En 1932, Jorge empieza a cosechar sus primeros triunfos profesionales y a gestar sus primeras obras literarias, a su tesis “La presión arterial media o dinámica” le antecede su primer libro: “Prácticas de laboratorio”, después surgen “Curso de dietética” y “Lecciones de Malariología”. A los 27 años se desempeñaba como profesor titular de la cátedra de Patología

y Clínica del Aparato Cardiovascular y empieza a ser reconocido como un excelente médico cardiólogo.

El primer tratado de cardiología escrito por un mexicano, “Enfermedades del Corazón”, ostenta la firma de Jorge Meneses Hoyos. En 1941, mientras recibe el Premio de Ciencias que le otorgó el Ateneo de Ciencias y Artes, Mariano Azuela recibía el de Letras.

A su consultorio llegaba Manuel Ávila Camacho (en ese entonces Presidente de nuestro país), personajes de los mundos diplomático, industrial, político y artístico, pero también eran recibidos aquellos que no podían pagar y eran víctimas de alguna dolencia cardíaca. El doctor Meneses fue el primer médico mexicano en usar la penicilina en grandes dosis para el tratamiento de la endocarditis maligna, procedimiento con el que salvó muchas vidas. En 1946, practica las primeras aortografías torácicas y las primeras arteriografías de las coronarias en la historia de la medicina universal, hecho de gran trascendencia para la medicina mexicana y el resto del orbe. También logra las primeras grabaciones en disco de los ruidos cardíacos.

Las aportaciones del doctor Meneses a la cardiología mexicana y mundial continuaron, baste decir que fue el primer médico mexicano que tuvo el honor de ser nombrado “Fellow of the International College of Cardiology”. Por eso y mucho más, la vida y la obra del doctor Meneses ya forman parte de un concurso denominado “Vidas para leer” y como afirma uno de sus más devotos alumnos, que tanto lo ha admirado, “Meneses Hoyos fue un hombre fuera de serie e irrepetible”.